

Recordando a Cirilo Vila

por

Eduardo Carrasco Pirard
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad de Chile, Chile

Cirilo Vila ha formado a varias generaciones de músicos. La mía fue un poco dispersa en sus resultados, debido principalmente a que en medio de nuestros estudios se produjo el golpe militar. Algunos fuimos expulsados de la Universidad de Chile, y hasta del país, mientras los otros siguieron estudiando, pero en una Universidad que nunca más fue la misma que aquella en la que habíamos comenzado a estudiar. A pesar de esto, todos recibimos en diversas maneras y grados la impronta musical de Cirilo, que, sin proponérselo, inscribió en nuestra vida la fuerza de su personalidad como músico y como profesor. Como todos los que alguna vez hemos dedicado nuestra vida a la enseñanza, Cirilo dejaba una huella en la vida de sus discípulos que poco tenía que ver con los temas o contenidos de los planes de estudio o de las propuestas universitarias. Creo que a nosotros nos enseñó algo de lo que nunca se habló en clases y de lo que el mismo a lo mejor ni siquiera sabe que es maestro, esto es: el amor a la música, que es algo que no se enseña, pero sí se contagia.

El siempre fue un profesor a su manera. Sus motivaciones nada tenían que ver con las prescripciones programáticas del Conservatorio o con el funcionamiento administrativo de la Facultad. Él ha amado la música, eso es todo, y este amor ha sido siempre el centro de su vida. Sus clases, aunque siempre transmitían sabiduría, eran, por encima de todo, un ejercicio de respeto, de cariño y de admiración por la obra de todos los grandes maestros del presente y del pasado. Podía ocupar toda una clase analizando el *Träumerei*, de Schumann, y a la clase siguiente pasábamos directamente a la *Consagración de la primavera*. Se seguía un camino que en cierto modo nosotros mismos le proponíamos. Como sabíamos que era cuestión de hacerle una pregunta para que comenzara a derramar sus conocimientos sobre nuestras todavía vacías cabezas, nos aprovechábamos de eso para ahondar en lo que en ese momento era objeto de nuestro entusiasmo. Así, aprendíamos lo que más nos interesaba y el resultado no podía ser más adecuado a nuestras expectativas. Eso es lo que explica por qué Cirilo siempre fue tan querido y admirado como profesor: nos enseñó lo que necesitábamos saber y nos hizo mejores músicos, pero también más honestos, porque nos empujó a seguir nuestro camino propio.

Ejercía un extremo respeto por lo que nosotros le presentábamos en cada clase, aunque muchas veces se trataba de aburridas elucubraciones en las que nadie hubiera podido encontrar ni la sombra de belleza musical. Eran composiciones que así siempre partían como primeros movimientos de sinfonía, pero terminaban como humildes motivos apenas desarrollados. Él las tomaba en serio a todas por igual. No prejuizaba sobre nuestras propuestas y nos permitía sonar sin interferir en nuestras chifladuras. Esto, al final quizás nos hizo comenzar a creer en nosotros mismos y nos fue afirmando en nuestro propio camino. No se que había sido de mis compañeros. El tiempo nos dispersó, pero creo que todos los que después hemos hecho diferentes tipos de música recordamos esas clases como grandes momentos en nuestra formación.

Cirilo no respetó jamás los horarios. Si teníamos clases a las 8:30 horas de la mañana, era claro que comenzaríamos cuatro horas más tarde o más. No importaba. Cuando se trataba de Cirilo el tiempo corría de otra manera. Como era imprevisible su hora de llegada, llegábamos a la Facultad pertrechados con libros y sentados en las escaleras hacíamos ejercicios de paciencia, que es sin lugar a dudas lo primero que Cirilo nos enseñó a tener. Esperar puede ser un arte: algunos de nosotros, mejor organizados, para pasar la espera llevaban a la Facultad juegos de ajedrez y hasta se llegó a organizar un famoso campeonato de ajedrez "Esperando a Cirilo", que no se incorporó a las actividades curriculares, pero que produjo memorables partidas. Estas esperas no importaban. Que yo sepa, nunca hubo reclamos. Sabíamos que la espera siempre valía la pena. Aunque la mayoría de las veces las clases partían a mediodía y podían perfectamente prolongarse hasta las 4 o 5 de la tarde, nadie se las perdía. Cirilo se sentaba al piano y nosotros nos disponíamos a su alrededor. A veces analizábamos obras clásicas y otras él revisaba minuciosamente los trabajos de cada uno de nosotros, aconsejándonos hacer tal o cual modificación e ilustrándonos sus ideas con ejemplos. Su capacidad de análisis musical era extraordinaria: no solo era capaz de desarmar didacticamente las complejas formas que nuestra pedantería musical le ponía delante (para todos nosotros en ese momento la prueba de que uno era un buen músico estaba en la complejidad), sino que además las ponía en relación con obras de maestros de todos los tiempos, haciendo gala de un conocimiento analítico e histórico que nos dejaba a todos asombrados. Parecía conocerlo todo, desde la anécdota curiosa que explicaba por qué se había puesto tal acorde y de tal manera, hasta la estructura que resultaba del estilo de la época a la que correspondía la obra o la dirección que le había impuesto la personalidad del músico. Lo terrible para nosotros era que siempre daba en el clavo: después de recibir sus opiniones guardábamos nuestras partituras silenciosamente e inmediatamente empezábamos a pensar como íbamos a poder resolver los problemas que la paciencia de Cirilo había descubierto en esas músicas, que justo antes de entrar a su clase nos habían parecido obras maestras.

Lo más prodigioso era su facilidad para leer directamente cualquier partitura que se le pusiera delante. Transcribía directamente una compleja partitura orquestal y la tocaba inmediatamente sin ninguna vacilación. Como pianista era un prodigio, pero como lector todavía más. Eso hacía que sus clases fueran musi-